

Diciembre 6, 2002

HAY QUE SUPERAR LA MANIA DEL PASADO

Por Agustín Saavedra Weise

“Quien mira hacia atrás, termina como el cangrejo: también camina hacia atrás”, recalcó el gran filósofo alemán Federico Nietzsche (1844-1900). Vital como es la historia para conocer e interpretar el presente, ella no debe ser excesivamente sublimada. Los pueblos necesitan mirar hacia adelante, desde el presente y teniendo en cuenta su pasado, pero básicamente como ruta hacia adelante y sin jamás quedarse con lo “sucedido”. Tal actitud quita vitalidad a los procesos sociales.

Sin embargo, este es el caso de Bolivia, país con 177 años de vida independiente y varios siglos de rica herencia autóctona y colonial. Todo este valioso bagaje debería servirnos para la proyección al futuro y no para un “quédate” en la historia. Miramos tanto hacia atrás, que nos olvidamos del futuro que se nos viene encima y terminamos perdiendo el vigor necesario para enfrentar con visión positiva y ánimo enérgico los desafíos del presente y de los años que vendrán.

Europa, el viejo continente, ha asimilado la lección. Sus élites estudian acuciosamente las posibilidades del futuro e inculcan esta mentalidad de prospectiva a sus habitantes, sin renegar del riquísimo legado histórico que tienen y que ciertamente preservan con orgullo. Hoy por hoy la Unión Europea –y sus formidables avances– son prueba palpable de cómo los pueblos europeos viven y progresan respetando su pasado, pero con los pies bien plantados sobre el presente y planificando lo que harán próximamente.

Aparentemente, resulta más cómodo recordar el apogeo de las antiguas civilizaciones Tihuanacu y Kollasuyo, de la Colonia e Independencia, los dramas de las Guerras del Pacífico y del Chaco y hasta la epopeya de la Revolución Nacional, que el auscultar el futuro.. Repito, no se trata de desdeñar el pasado, pero si de evadirnos de la morbosidad recurrente de enfocar todo en sentido retroactivo. El mundo cambia, las naciones se ajustan a las grandes mutaciones y los pueblos deben mirar el porvenir como algo tangible, en base a objetivos concretos y proyectos viables.

El último ejercicio verdaderamente prospectivo que se realizó en nuestro país fue la “Estrategia para el Desarrollo Nacional 1971-1991” y nunca se supo, al final, que pasó con

ella, qué elementos eran útiles, etc. Este estudio se ha “perdido” en las agitadas aguas de nuestra política interna, sin haber aquilatado con objetividad sus alcances, pese a haber sido el primer trabajo global realizado en nuestro país con los más modernos mecanismos de planificación existentes en esos tiempos. Como ya comenté oportunamente, la estrategia fue fruto de la idea de un brillante intelectual cruceño que en esa época tenía solamente 29 años: José Ortiz Mercado, hoy catedrático a tiempo completo y formador de nuevas generaciones universitarias. Como ha sucedido con tantos otros estudios, la estrategia se perdió en el polvo de los archivos olvidados y no se la ejecutó nunca. Ella fue pionera en su campo y aún en nuestros días –transcurridas ya tres décadas– muchas de sus apreciaciones siguen siendo correctas. Es así entonces como a fines de 2002, señalo una vez más que “valoramos hoy la estrategia de 1971 no solamente por lo que fue en su momento sino por lo que puede ser en el futuro, obviamente cambiando lo que hay que cambiar y con la natural adaptación a tiempo y espacio presentes y del inmediato porvenir”.

Importante, como es –reitero– no olvidar lo sucedido, los difíciles momentos que vive ahora el planeta obligan que los países piensen seriamente en su futuro. Bolivia, con su inmenso territorio y su escasa población, puede resultar siendo uno de las naciones verdaderamente bendecidas para una transición feliz a lo largo de este Siglo XXI, pues una adecuada explotación de nuestros recursos naturales y una sólida estabilidad política podrían darnos el ansiado cambio cualitativo para progresar social y económicamente. Una Bolivia con sus clases dirigentes inoperantes y disfuncionales, estaría sujeta a situaciones límites harto peligrosas en este conflictivo mundo globalizado.

De ahí entonces, la necesidad urgente de enfocar los problemas con visión prospectiva. Al final, el presente es el resultado de lo bueno o malo que pasó tiempo atrás. El futuro, en cambio, es manejable, controlable, depende de nuestro libre albedrío y acción comunes. No seamos como el cangrejo del filósofo: marchemos como pueblo que sabe lo que quiere hacia la inmensidad del futuro; futuro, que si hacemos hoy bien las cosas, jamás podrá ser malo, al menos en función de nosotros mismos.

-----0000-----